



Cátedra UNESCO de Educación para la Paz

Universidad de Puerto Rico



**CONFERENCIA MAGISTRAL
CÁTEDRA UNESCO DE EDUCACIÓN PARA LA PAZ 2012-2013
10 de abril de 2013**

***Las Nuevas Amenazas a la Paz:
Acaparamiento de Recursos Naturales, Desigualdades y Cambio Climático***

Por Bernard Cassen
Profesor emérito de la Universidad Paris 8

Cuando en el siglo XI comienza a utilizarse, en reemplazo del latín *bellum*, la palabra “guerra” se refiere exclusivamente a una lucha armada entre grupos humanos o entre Estados. Y, en la misma época, la palabra “paz” significa exactamente lo contrario, o sea la ausencia de disturbios y la situación de un Estado que no está en guerra. Ese sigue siendo el principal uso de esas dos palabras.

Es así que, cuando los gobiernos, las organizaciones internacionales y los medios de comunicación tocan hoy en día el tema de las amenazas a la paz, se refieren principalmente a los conflictos políticos, étnicos o religiosos, como los del Oriente Medio, de Afganistán, del Sahel y otras partes de África. Asimismo, se enfocan en los riesgos de apocalipsis nuclear, motivados por los arsenales existentes en países potencialmente conflictivos de Asia (China, India, Pakistán y quizás pronto Corea del Norte) y la eventualidad de que Irán posea el arma atómica, como ocurre con Israel.

Ampliamente tratados por los medios, estos conflictos son, de por sí, alarmantes. Algunos de ellos pueden en cualquier momento degenerar y adquirir dimensiones catastróficas, aunque solo sea por accidente. Y los servicios de inteligencia de los principales Estados no excluyen la hipótesis de un “mega 11 de setiembre” organizado por un grupo terrorista que lograra equiparse con material nuclear. Está lejos la época del equilibrio del terror entre EEUU y la URSS, dos estados que, en un mundo bipolar, imponían cada uno su ley y hacían respetar la disciplina en su campo. Sus dirigentes sabían llegar al borde del

precipicio sin caerse en él (*brinkmanship*), pues tenían conciencia de que una guerra nuclear equivalía a una segura destrucción mutua (*mutually assured destruction* – MAD). Un ejemplo significativo se produjo en 1962, durante el episodio de los misiles soviéticos destinados a Cuba.

Pero además de las confrontaciones armadas, hay otras formas de guerra y, en consecuencia, de amenazas para la paz. Son las guerras económicas, monetarias y comerciales que están en el centro mismo de la lógica neoliberal y de sus instituciones internacionales y continentales. Las víctimas de esas guerras tienen mucha menor visibilidad que las de un campo de batalla pues son pocas las que mueren en directo ante las cámaras. En muchos países son las comunidades, las sociedades y hasta las mismas instituciones las que se dislocan bajo la presión de la pobreza, del desempleo y de la precariedad; es la violencia la que se propaga en su seno; es la tentación de gobiernos autoritarios y represivos la que gana terreno en las opiniones públicas.

Tomemos el caso de la Unión Europea, durante largo tiempo considerada un modelo, en particular para los proyectos de integración en América Latina. Desde su fundación en 1958, no cesó de reiterar en los sucesivos tratados que su objetivo era “la unión cada vez más estrecha” de los pueblos que la componen. Pero, al mismo tiempo, llevó al estatuto de valor supremo no la cooperación y la solidaridad, sino exactamente lo contrario, o sea la competencia, tanto en su seno como con el resto del mundo.

En Europa, pueden verse hoy los resultados de esta contradicción con la crisis del euro y la de la deuda soberana, estrechamente ligada a la primera. El desempleo alcanzó a fines de 2012 niveles que en algunos casos recuerdan los de los años 1930: 26.6% en España, 26% en Grecia, 14.6% en Irlanda, 14% en Chipre. Y las perspectivas para 2013 son aún más negativas. Las consecuencias políticas son inquietantes: ascenso de la extrema derecha en la mayoría de los países europeos, riesgo de explosión social en España, Grecia y Portugal, insurrección electoral en Italia con el triunfo del Movimiento 5 Estrellas de Beppe Grillo, etc. Presentada ayer como zona de paz civil, Europa se está transformando en zona de alta conflictividad interna.

En los últimos años, el debate público, ya sea en Europa o a nivel mundial, en las reuniones del G-8 o el G-20, está focalizado en los medios para que la mayoría de los países desarrollados recupere un crecimiento que se habría quebrado como resultado de la crisis financiera de 2008. Este crecimiento sería la solución a todos los problemas. Para estimularlo, la palabra fetiche, presente en todos los discursos es “competitividad”, lo que significa la carrera permanente entre empresas, regiones o Estados, por llegar al primer lugar, y la eliminación de los perdedores.

Este razonamiento se ha sido repetido muchísimas veces en el pasado. Lo especialmente grave es que se lo siga reiterando haciendo abstracción de un contexto radicalmente diferente de los de las épocas precedentes, a saber la irrupción del imperativo ecológico. En efecto, por primera vez en la historia humana y desde hace unos 30 años, hay movimientos sociales, cada vez más numerosos y con audiencia creciente en las opiniones públicas, que toman conciencia del carácter finito –en el sentido matemático del término- del planeta Tierra y en consecuencia del agotamiento ineluctable de sus recursos naturales. Esta evidencia choca frontalmente con la ideología del “siempre más”, del crecimiento por el crecimiento en sí, del productivismo desenfrenado que constituye la filosofía oficial de la mayoría de los gobiernos. Otro fenómeno muy ampliamente admitido por los científicos viene a exacerbar esta contradicción. Es el cambio climático.

Si se miran más detenidamente algunos de los aspectos de estas nuevas problemáticas, se podrá medir su dimensión conflictiva y las graves amenazas que hacen pesar no solo sobre la estabilidad de las sociedades y la paz, sino también, en última instancia, sobre la propia supervivencia de la humanidad. Ante tales desafíos, las respuestas no pueden ser simples adaptaciones marginales de los comportamientos individuales y las políticas públicas. Deben, también ellas, ser radicales.

En materia de control, e incluso de acaparamiento de recursos naturales condenados al agotamiento, el caso de los hidrocarburos es evidentemente el primero que se presenta a la mente. Desde hace un siglo, la historia del Medio Oriente, al igual que las de África y

América Latina, abundan en intervenciones militares, apoyo a dictaduras, y hasta golpes de Estado fomentados por las potencias imperiales al servicio de sus multinacionales del petróleo y el gas: Francia, Reino Unido y sobre todo EEUU. En los últimos años, las tentativas de desestabilización de los gobiernos de Bolivia, Ecuador y sobre todo Venezuela, por parte de las administraciones Bush y Obama, se explican ampliamente por la voluntad de Washington de asegurarse el dominio de los flujos petroleros en el hemisferio.

De igual modo, la intervención militar de Francia en Malí, no es ajena a la voluntad del gobierno de François Hollande de darle a la industria nuclear francesa la seguridad del acceso a las minas de uranio de Níger.

China, por su parte, despliega una estrategia puramente civil, la de la libreta de cheques, para asegurarse el aprovisionamiento de materias primas. Sus grandes empresas invierten masivamente fuera de fronteras, principalmente en el sector de la minería extractiva. En América Latina, este ascenso en poder del Imperio del Medio, y sus campeones económicos es alentado por la mayoría de los países. Y en particular por los gobiernos progresistas que, con razón o sin ella, ven en ello la promesa a largo plazo de una alternativa a la hegemonía estadounidense. China utiliza también sus considerables excedentes comerciales en África para otorgar créditos para la construcción de infraestructuras, las que, en 2012, superaron los 15 mil millones de dólares. No se trata de medidas altruistas. Pekín, con sus 800 empresas públicas y su millón de trabajadores presentes en el continente, se asegura la provisión de materias primas mientras vuelca productos de bajo costo (textiles, electrónica) que compiten con los comerciantes locales. Lo que explica el ascenso de un sentimiento antichino en algunos países.

¿Qué debemos retener de estos pocos ejemplos? No se trata solamente de la voluntad de los grandes Estados de garantizar la seguridad de sus aprovisionamientos y la colocación de sus productos, función tradicional de cualquier gobierno. Es, ante todo, la sensación de que esta seguridad ya no puede alcanzarse por los medios clásicos de liberalizar los intercambios internacionales entre economías en expansión. Aun cuando carezcan de toda

conciencia ecológica, los responsables políticos e industriales están ya enfrentados en el terreno al problema de la limitación de los recursos naturales. Y regularmente descubren nuevos yacimientos, como el gas de esquisto –*shale gas*, en inglés- en Estados Unidos, pero la búsqueda se hace cada vez más frenética y la competencia cada vez más encarnizada. Esta aceleración se parece a la batalla postrera contra la perspectiva ineluctable de la finitud.

Desgraciadamente, esta perspectiva no lleva a los dirigentes a tratar de encontrar soluciones de cooperación basadas en la constatación de que todos estamos a bordo del mismo barco Tierra. Por el contrario, ello los incita a esperar milagros tecnológicos y, en lo inmediato, a asegurarse posiciones de fuerza frente a sus adversarios, los que deberían ser sus socios. Nos vamos deslizando así progresivamente del registro de la simple guerra económica - consustancial al principio mismo de la competencia- al de una economía de guerra que involucra no solo a los actores industriales sino también a los actores estatales.

La economía y sobre todo la esfera financiera, hoy hegemónicas en la conducción de los asuntos del mundo, son incapaces de pensar el largo e incluso el mediano plazo. Mientras la historia ha estado marcada por una sucesión de mutaciones y de rupturas científicas y tecnológicas, desde la Revolución Industrial de fines del siglo XVIII a la revolución digital que vivimos actualmente, aquellas fuerzas funcionan con una lógica lineal. Como si el futuro no fuera más que una simple extrapolación del presente.

Hay sin embargo un campo en el que las previsiones a treinta o cuarenta años ya han sido establecidas con casi total certeza, y estas anuncian perturbaciones gigantescas en el conjunto del planeta. Se trata del calentamiento climático debido al incremento de las emisiones de gases de efecto invernadero, debida esencialmente a la actividad humana.

Recordemos que el efecto invernadero es inicialmente un fenómeno natural. Algunos gases naturalmente presentes en la atmósfera dejan pasar una parte de la radiación solar (pero no los ultravioletas, por ejemplo). En la superficie del globo, los océanos, los suelos y la vegetación transforman esta energía solar y la Tierra emite a su vez una radiación que los

gases atmosféricos no permiten que se libere en el universo. De allí que, como en un invernadero, se produce una acumulación que provoca un calentamiento de la atmósfera.

El fenómeno del cambio climático fue identificado, ya en 1979, por el meteorólogo Jules Gregory Charney, profesor en el MIT, en un informe que se hizo famoso, dirigido al National Research Council de Estados Unidos. Casi una década después, a pedido del G7 de entonces se creó en 1988 por parte del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUE) y la Organización Meteorológica Mundial (OMM), el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (GIEC). El GIEC, con el cual colaboran miles de investigadores del mundo entero, decenas de instituciones científicas y representantes de los gobiernos, produce regularmente informes que recogen la aprobación muy mayoritaria de la comunidad científica. Elabora diferentes escenarios en función del nivel previsible de aumento de la temperatura terrestre provocado por el efecto invernadero a finales del siglo. Estos se ubican entre +1,1 ° (hipótesis ya caduca) y +6,4° (hipótesis elevada pero no inverosímil).

Los informes del GIEC se elaboran por consenso entre los investigadores y luego de procedimientos de validación que requieren cierto tiempo. Así, sus conclusiones se consideran a menudo exageradamente optimistas y ya superadas en el momento de su publicación. Aun en las evaluaciones menos pesimistas, las consecuencias del calentamiento climático no dejan lugar a dudas. La única incertidumbre corresponde a su amplitud.

Los climatólogos distinguen tres tipos de consecuencias físicas directas del calentamiento climático:

- La elevación de la temperatura del aire que, entre otros múltiples efectos, podría implicar el deshielo del casquete glaciario, la desaparición de la selva amazónica o la inversión de la corriente del Golfo (Gulf Stream).
- El aumento de las precipitaciones que perturbará el régimen de los ríos, provocará

inundaciones y erosión de los suelos. Más grave aún, la totalidad del ciclo del agua se verá modificado, exacerbando los fenómenos extremos ya existentes: abundancia de lluvias (Sureste de Asia, Oeste de Europa) o su escasez (África del Norte, Medio Oriente, Mediterráneo). La gestión mundial de la penuria de este recurso vital se hará aún más complicada y conflictiva. Hay que recordar que, según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), más de mil millones de personas en el mundo no tienen acceso al agua potable, y 2 600 millones de personas no disponen de sistema de saneamiento.

- La elevación del nivel del mar (entre uno y dos metros para el horizonte 2100) provocará la erosión y el hundimiento de las costas y en ocasiones hasta la desaparición pura y simple de archipiélagos coralinos (como las Maldivas al sur de la India o las Tuvalu en el Pacífico), la salinización de las napas freáticas, etc.

En cuanto a las consecuencias de estos cambios físicos sobre las sociedades humanas, son innumerables y no necesariamente se las conoce en su totalidad. Por ejemplo, el deterioro del acceso al agua potable, en particular en África, agravará las condiciones sanitarias y podrá favorecer la proliferación de enfermedades como el cólera, el paludismo o el dengue. Los fenómenos extremos, como las olas de calor o las lluvias diluvianas –de las que ya se tienen signos precursoros-, provocarán una disminución masiva de la biodiversidad. Y paro por aquí la lista para no desesperarlos...

Sería ingenuo pensar que esas perturbaciones no dejarán profundos impactos geopolíticos. Estos, por otra parte, ya han sido identificados, en primer lugar en Estados Unidos, ya sea por parte del Pentágono o de la CIA. Es así que ya en 2003, un informe solicitado por el Departamento de Defensa¹ señalaba los riesgos de desestabilización mundial y el aumento de los riesgos de guerra civil o de guerra entre Estados.

¹ Peter Schwartz y Doug Randall, *An Abrupt Climate Change Scenario and its Implications for United States National Security*, (Global Business Network, Emeryville, CA, 2003).

En agosto de 2012, en el Senado, John Kerry, el ahora Secretario de Estado, dio un ejemplo concreto. Ante senadores republicanos que actuaban como portavoces de los lobbies industriales y petroleros que se niegan a reconocer la realidad científica del calentamiento climático, tomaba el caso del río Indo. La disminución de su caudal podría llevar al gobierno indio a preservar sus recursos acuáticos por medio de la construcción de represas. Su vecino, Pakistán se vería así privado de un importante acceso a este recurso vital. John Kerry estimaba que el gobierno de Islamabad podría recurrir a la amenaza nuclear y, llegado el caso, ejecutarla.

En Medio Oriente, una región que vive en situación permanente de stress hídrico, el control de las aguas del Jordán y de las aguas subterráneas es un elemento capital en cualquier solución del conflicto palestino-israelí. Israel, que desde su fundación ha desarrollado una verdadera hidroestrategia, controla todo el sistema del agua de los territorios ocupados de Palestina. Organiza un reparto desigual y deliberado de ese recurso, atribuyéndose el 75% del mismo y dejando solo un 25% para los palestinos. El consumo medio de agua por habitante de un Israelí es 5 veces mayor que el de un Palestino. Además del racionamiento del agua, los Palestinos en Gaza son también víctimas de la destrucción de pozos, canalizaciones de agua y saneamiento por parte del ejército israelí. El acaparamiento del agua por parte de Israel, que se agrega a la implantación continuada de asentamientos judíos en los territorios ocupados, hipoteca por adelantado la viabilidad de un Estado palestino y, en consecuencia, de cualquier perspectiva de paz en la región.

En los últimos años, las organizaciones internacionales de la familia de la ONU y numerosas ONG han presentado informes alarmantes sobre las consecuencias del calentamiento climático sobre los flujos migratorios. Se ha creado una nueva categoría: la de los “migrantes medioambientales” o “refugiados medioambientales” que huyen de la desertificación, la deforestación, la salinización, la erosión o la toxicidad del suelo, del aire o del agua. Según el GIEC, la crecida de los océanos amenazarán las ciudades costeras, o sea 16 de las 21 que, en 2015, tendrán más de 10 millones de habitantes.

El calentamiento climático no es por cierto el único que está en causa. Solo agrava las consecuencias de los conflictos, de las catástrofes naturales, de los grandes proyectos de

infraestructura (especialmente las represas). Las evaluaciones en cifras varían, pero son siempre impresionantes. Para la organización humanitaria británica Christian Aid, de un total de mil millones de personas que deberían migrar en el mundo desde ahora hasta el 2050, unos 250 millones podrían hacerlo por razones directamente vinculadas al cambio climático.

Cuando se ven las tensiones que provocan los flujos migratorios actuales, que son no obstante limitados, en la mayoría de los países desarrollados, apenas se puede imaginar el impacto de los desplazamientos de decenas o incluso centenas de millones de refugiados que tratarán de alcanzar zonas más ricas y más protegidas que aquellas de las que tuvieron que huir expulsados.

Ante diagnósticos tan sólidamente establecidos, ante desastres tan precisamente anunciados, las reacciones de la mayoría de los dirigentes mundiales no parecen estar a la altura de los desafíos. Los más optimistas dirán que, a pesar de todo, la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en 1992 dio lugar a la creación de un instrumento de derecho internacional ad hoc: la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático que cuenta actualmente con 195 países. Para satisfacer los intereses divergentes de los países “emergentes” y los países altamente industrializados, la Convención reconoce a la vez el principio de precaución, el principio de responsabilidades comunes pero diferenciadas y el principio del derecho al desarrollo. Su última reunión tuvo lugar en Doha en diciembre de 2012 y la próxima está prevista para 2015. El objetivo es alcanzar en esa fecha un acuerdo jurídicamente vinculante para limitar a 2 grados el nivel de calentamiento al final del siglo.

Los países emergentes, que son los causantes de más de la mitad de las emisiones de gases de efecto invernadero, reivindican el principio del derecho al desarrollo y el de las responsabilidades diferenciadas para exigir un esfuerzo mucho más importante a los países desarrollados. En primer lugar de Estados Unidos que, contrariamente a los miembros de la Unión Europea, se ha negado hasta ahora a suscribir todo compromiso jurídicamente vinculante y en particular a firmar el protocolo de Kioto de 1997. El objetivo de 2 grados se vuelve cada vez menos creíble: en efecto, los estudios publicados en 2012 hacen temer que,

dentro de algunas décadas, el incremento estará más cerca de los 3.5 grados, lo que daría validez a los escenarios más dramáticos.

Un dirigente latinoamericano, Fidel Castro, ha comprendido la dimensión del peligro. En sus “Reflexiones” del 4 de enero de 2012 se refiere la marcha actual hacia el abismo: *“Lo que pretendo es situarme en el punto de partida actual de nuestra especie para hablar de la marcha hacia el abismo. Podría incluso hablar de una marcha “inexorable” y estaría seguramente más cerca de la realidad. La idea de un juicio final está implícita en las doctrinas religiosas más extendidas entre los habitantes del planeta, sin que nadie las califique por ello de pesimistas. Considero, por el contrario, deber elemental de todas las personas serias y cuerdas, que son millones, luchar para posponer y, tal vez impedir, ese dramático y cercano acontecimiento en el mundo actual. Numerosos peligros nos amenazan, pero dos de ellos, la guerra nuclear y el cambio climático, son decisivos y ambos están cada vez más lejos de aproximarse a una solución”*.

Es preciso tomar muy en serio las muy pesimistas reflexiones del ex presidente cubano, aun cuando la guerra nuclear y el cambio climático son dos amenazas muy diferentes en relación a la supervivencia de la humanidad tal como la conocemos. La primera depende solo de las decisiones de un muy pequeño número de individuos ubicados al frente de Estados que entrarían en conflicto de manera suicida. No estaría directamente vinculada a la defensa de un modelo socioeconómico. No es el caso del calentamiento climático que, por su parte, obliga a cuestionar el desarrollo del productivismo, es decir del capitalismo hoy, ya que el “socialismo realmente existente” se hundió con la caída del muro de Berlín en 1989.

La crisis climática revela la profundidad de la crisis ecológica global. Se muestra hoy como la condensación de los límites y contradicciones de un modelo de organización de las sociedades que el planeta ya no puede sostener. Se ve amenazada la posibilidad de vivir en sociedades construidas sobre valores de libertad, solidaridad, justicia social y democracia. La globalización económica y la expansión del capitalismo a escala mundial han acelerado considerablemente un proceso que comenzó hace casi dos siglos.

Esta crisis es el resultado de un doble movimiento vinculado a una doble creencia.

La primera consiste en suponer que las organizaciones económicas y sociales, cualesquiera, pueden construirse independientemente de los ecosistemas y disponer de recursos naturales de manera infinita. Presume que las innovaciones pueden sustituir las insuficiencias de la naturaleza por medios técnicos, y hasta crear una segunda naturaleza a través de manipulaciones y transformaciones sucesivas.

La segunda, contemporánea al nacimiento del capitalismo, consiste en creer que la economía y las fuerzas poseedoras y dominantes pueden indefinidamente, en el nombre de la rentabilidad, del beneficio, del progreso (hasta del “socialismo”), apropiarse y someter a las sociedades, reducidas a campos de expansión del capital.

Las políticas neoliberales y la globalización económica, al permitir la expansión de este modo productivista por el planeta, aumentaron y aceleraron la presión sobre los recursos a un punto inimaginable. La globalización, al atacar todos los límites opuestos a la mercantilización y al crecimiento infinito, reveló de manera paradójica los límites ecológicos del mundo.

La simultaneidad de la explosión de los desequilibrios financieros, sociales, agrícolas y ecológicos no es producto de la casualidad, sino la señal de los límites alcanzados por este sistema. La lógica económica de rentabilidad a corto plazo, la maximización del beneficio y de la remuneración de los accionistas, el libre comercio y la competencia se impusieron en todas las sociedades y sometieron o intentaron que toda vida social se sometiera a esta dinámica predatoria. Esto deriva en una exacerbación de la explotación de los trabajadores, en el saqueo del planeta, en la precarización y desaparición de millones de campesinos y campesinas y en la condena al exilio de las poblaciones desterradas, cada vez más numerosas.

En este sentido, la crisis climática es mucho más que una crisis ambiental, es una crisis de la dominación de la economía sobre toda vida social y política, dominación que el

neoliberalismo llevó a su extremo al hacerlo un verdadero proyecto político. La crisis social y la crisis ambiental no son consecuencia de una crisis económica que tiene su propia lógica interna, aislada de la sociedad y de su ambiente; forman parte de una crisis global que es la crisis de un modelo de sociedad que hizo de la organización económica, en este caso de la lucha por el beneficio y la rentabilidad inmediata, la esencia de las sociedades.

Sin embargo, lejos de ceder, los neoliberales aprovechan ahora la propia crisis climática para convertirla en una nueva “oportunidad” de crecimiento económico y de valoración financiera, una ecología de mercado, una ecología financiera o un capitalismo “verde”.

Sin un esfuerzo gigantesco de cooperación y de solidaridad internacional para la repartición de los recursos, que permita hacer frente a las enormes desigualdades entre las regiones del mundo e incluso dentro de cada país, el siglo XXI podría ser de una violencia sin precedentes históricos.

Si la lógica de la competencia triunfa sobre la de la solidaridad, esta violencia será suicida para todos. No puedo aquí dejar de pensar en el famoso cuadro de Goya *Duelo a garrotazos* (también llamado *La riña*) que forma parte de las “pinturas negras” del artista. El mismo muestra dos campesinos enfrentándose a bastonazos a pesar de ya estar ambos semienterrados en las arenas movedizas. Cuanto más se golpean, más se hunden. Ciertamente, uno de los dos terminará por aniquilar al otro, pero será de todas formas demasiado tarde para que él mismo escape a ser sepultado. No conozco mejor parábola de lo absurdo de una competencia económica en un ambiente natural que se degrada a pasos agigantados.